

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'60 ptas.  
 Suscripción: España, un trimestre . 1'00 "  
 " Extranjero, " . 1'50 "

## Momentos extremos

Aunque no queramos hemos de hablar de la guerra, ya que, conjuntamente con la cuestión de las subsistencias, es el único asunto que está en el actual ambiente, y que preocupa mayormente por las últimas complicaciones a causa de los torpedeamientos por los submarinos alemanes, único medio de guerra marítima con que cuenta la barbarie alemana para sostener el bloqueo mutuo con la barbarie inglesa, y con cuyos torpedeos a buques de naciones neutrales hace que el conflicto se extienda por el mundo, motivando la declaración de guerra de los Estados Unidos y que esta nación arrastre tras sí a otras naciones del continente americano.

Todo esto y el torpedeamiento del vapor español «San Fulgencio», torpedeamiento misterioso por lo injustificado, pues el buque se dirigía a España, todo esto hace que el peligro de la guerra, fomentado por los laborantes, vuelva a cernirse sobre España con más inminencia que nunca.

Pero el proletariado español, víctima de los enemigos interiores que lo son los capitalistas y gobernantes, bloqueándole por el hambre unos y con la represión otros, no se presta a dejarse llevar a una guerra contra un enemigo exterior imaginario, y más bien está dispuesto a romper las hostilidades con el enemigo interior, cuyo ultimatum ya les ha sido presentado y cuya contestación ha sido el recrudecimiento de la represión suspendiendo las garantías constitucionales.

La actuación del Gobierno español para resolver los conflictos interiores originados por la guerra y agravados por los aprovechadores de ella, por los negociantes capitalistas

ha sido completamente nula por su negligencia, y contraproducente cuando ha pretendido obrar.

Ahí está como testimonio demostrativo, aparte los hechos criminosos de La Unión, Logroño, Puerto del Son y Manzanares, el fracaso ruidoso de la tan cacareada Junta Central de Subsistencias.

Las energías que el Gobierno, durante el largo tiempo que ocupa el poder no ha desplegado sobre los ladrones, sobre los parásitos acaparadores de los productos y subsistencias necesarias a la vida, esas energías que las razones justas del proletariado no han logrado con tanto tiempo hacer surgir del Gobierno; esas energías, al fin, han sido exteriorizadas por éste en pocas

horas, contra los... robados, contra los productores verdaderos y los hambrientos.

El miedo ante los efectos de sus propias culpas, ha hecho ser enérgicos contra los mismos efectos a los que no escucharon los clamores de la razón que pedía energías sobre las causas generadoras del insostenible malestar de la clase trabajadora.

Y por miedo a la rebelión desesperada del pueblo, es muy posible que el Gobierno se aproveche de cualquier contingencia de la guerra europea o provoque tal vez un acontecimiento relacionado con la misma, para envolver a la nación en el conflicto internacional.

La historia está llena de casos semejantes. Ante la inminencia de una revolución los gobiernos han provocado muchas veces una guerra.

Pero hoy ya las guerras provocan también revoluciones...

Hemos llegado ya a un momento extremo, a uno de esos momentos que precisan también una determinación extrema por parte del pueblo.

Así lo reconocen ya hasta hombres que, como Cambó, han colaborado desde la oposición a la obra del Gobierno.

«Empiezo ya a dudar—ha dicho Cambó—de que esto tenga remedio. Cuando el remedio no apunta aún, hay motivos para todas las desesperanzas y decepciones.

Yo sólo sé que las revoluciones no las preparan los revolucionarios; sé que las revoluciones estallan en los pueblos que pierden la esperanza en la enmienda de los que gobiernan; sé que las revoluciones no las evitan las medidas de represión, que a lo sumo alcanzan a aplazarlas.

El horizonte está oscuro y cerrado; y si algún destello se divisa no tiene claridad de luz; más bien es llamarada de incendio».

Y Cambó es uno de los más genuinos representantes de la burguesía...

Y en su pesimismo, tal vez hipócrita, tiene razón; los que preparan las revoluciones, los que las hacen estallar, son únicamente los gobernantes.

Y hemos llegado a un punto tal de represión por parte del Gobierno y de desconfianza y desesperación por parte del pueblo,

¿Qué más ni mayores excitaciones que las de los gobernantes?

Las excitaciones de los revolucionarios huelgan ya...

## LEYENDO

### ¿La explotación, base de la civilización?

«Una civilización superior no puede nacer más que allí donde hay dos castas distintas de la sociedad: la de los trabajadores y la de los desocupados, capaces de un verdadero recreo; o en términos más fuertes: la casta del trabajo forzado y la casta del trabajo libre».

NITZSCHE. *Humano, demasiado humano.*

Considerando la experiencia del pasado, este aforismo de Nietzsche parece absolutamente exacto. No solamente no ha habido otras grandes civilizaciones que las basadas sobre la esclavitud, sino que además la esclavitud y la civilización no han dejado jamás de sostenerse, condicionándose mutuamente.

La magnífica Democracia de Atenas reposaba sobre el esfuerzo de una masa esclava. El esplendor de Roma existió en idénticas condiciones y asimismo en todas las antiguas civilizaciones. Y en la nuestra, ¿no es el asalariado su fundamento?

Aun peor: Muchas de las civilizaciones han debido su grandeza a la explotación ajena en segundo grado. ¿Como dar otro nombre al bandillaje marítimo y terrestre de los ejércitos griegos o romanos y a la moderna colonización?

pero no queremos ni ser ni tener esclavos. ¿Somos insensatos?... Si nuevos factores no interviniesen por otra parte, permitiendo una solución, podría constársenos afirmativamente.

Lejos de ser soñadores, somos por excelencia los modernos. Recordamos en efecto al hombre que los tiempos de esclavitud han pasado, han caducado. La más intensa civilización quiere otros medios y los posee:

Tenemos, para permitirnos la ociosidad creadora, la ociosidad feliz y fecunda de los dominadores, un prodigioso esclavo, de otro modo exacto, abnegado y regular que el hombre; un esclavo que no sufre y a quien se puede mandar sin rebajamiento: *Es la máquina.*

¡Radiante perspectiva! Como dice el poeta. «Yo veo que Atenas vuelve a florecer en toda la Tierra!»

VÍCTOR SERGE

## Supramaterialismos

¡Libertad! ¡Oh, sacrosanta Libertad, y que mal les va contigo a ciertos animales! Dad libertad a un tigre y os devorará; dad libertad a un asno y se tumbará al sol; dad libertad a esos otros y aun más desgraciados animales que denominamos domésticos, y se morirán de hambre, porque no saben vivir sin la tiranía del hombre que cariñosamente los ceba y luego se los come. La libertad no es una frase, es una ley, una necesidad impuesta por la Naturaleza al espíritu, pero a condición de que sea racional y normal. La libertad racional es propia de los seres más perfectos, aunque no en todos igual por atavismo; la normal es completamente instintiva y adaptada a la naturaleza del ser; así, por ejemplo, en los animales carnívoros es distinta que en los roedores y herbívoros; necesitan los primeros, por instinto ineducable y fatal, destruir y devorar a otros seres más desgraciados por su inferioridad de medios defensivos en la escala zoológica. Cierta que el *homo sapiens*, de la agrupación antropoide, sólo es superior por su inteligencia que «le adapta y educa» a todos los medios; pero que su organografía es débil comparada con las del gorila o chimpancé, y lo que es más, el más débil lepidóptero tiene entodas sus morfosis un órgano visual muy superior al del hombre. La libertad racional, conforme a la Naturaleza y a la Verdad, es justa por necesidad y equitativa, siendo por eso precisamente una de las características físicas o morales de la especie más noble que puebla la Tierra, y comparable fuera de él, por lo menos, a otras humanidades que puedan habitar en otros astros. El *summum* de libertad es la Anarquía; pero entendiéndose *sin limitación económica*, porque en el orden racional el mayor tirano es nuestra propia madre, por desgracia: la Naturaleza.

No sirve sólo al *summum* de libertad la negación absoluta de todo principio de autoridad; es necesario precisar la diferencia que existe entre el *poder natural* y el *poder humano*, denominése social, político, filosófico o económico. El poder humano, sea en forma de *autoridad*, sea en forma de *superioridad*, es borrrable y susceptible de supresión; mas no así el poder, la tiranía, de lo que inconscientemente nos hace evolucionar constantemente, aun después de muertos.

Es una necesidad, o, mejor dicho, una libertad, la *ley de lucha*; el hombre opone su inteligencia a la evolución cuando ésta le es perniciosa para su salud en el *orden natural*; y, en el *orden filosófico*, cuando los *poderes humanos* atentan contra su libertad y libre albedrío o le imposibilitan los medios de subsistir. Sin lucha no hay libertad, porque bien se puede asegurar que la dinámica de la Libertad lo es la lucha, resultando por consecuencia lógica que la libertad es, sin solución de continuidad, como lo es la perfección, como lo es todo lo que es bueno, verdadero, bello y justo conforme a la Naturaleza, que es la única verdad absoluta que existe.

L. A.

Picos de Europa, marzo 1917.

## LA PRÓXIMA REVOLUCIÓN (1)

La situación económica de Europa se resume en dos palabras: caos industrial y comercial y quiebra de la producción capitalista. La situación política se caracteriza por lo siguiente: descomposición galopante y próxima bancarrota de los Estados.

Recorredlos todos, desde la autocrática Rusia hasta la oligarquía burguesa de Suiza, y no hallaréis ni uno siquiera que no vaya a paso de gigante hacia su descomposición y por consecuencia a la revolución. Viejos impotentes, sin fuerza en su base para sostenerse, roídos por enfermedades constitucionales, incapaces de asimilarse la multitud de ideas nuevas, derrochan las escasas fuerzas que les restan, viven artificialmente y aceleran más su caída, arañándose como viejas gruñonas.

Una enfermedad incurable les amenaza a todos: la vejez senil, la decrepitud. El Estado, esta organización que deja en poder de unos cuantos los asuntos de todos, es una forma de organización humana que ha dado de sí cuanto tenía, y por eso la humanidad intenta nuevas formas de agrupación.

Luego de haber llegado a su apogeo en el siglo diez y ocho, los viejos Estados de Europa han entrado ya en la fase del descenso. Los pueblos, sobre todo, los de raza latina, aspiran a la destrucción de ese poder que no sirve más que para cohibir su libre desenvolvimiento. Quieren la autonomía de las provincias, de los municipios, la asociación entre sí de los grupos obreros, supresión de poderes que impongan, establecimiento de lazos de apoyo mutuo y libre acuerdo. Tal es la fase histórica en que entramos, y nada puede impedir su realización.

Si las clases directoras tuvieran el sentimiento de su conservación se darían prisa en ponerse al frente de estas aspiraciones; pero envejecidas con la tradición, sin otro culto que el de la bolsa, se oponen con todas sus fuerzas al progreso de las nuevas ideas, y ese procedimiento nos lleva fatalmente hacia una conmoción violenta. Las aspiraciones humanas se abrirán paso, aunque para ello la metralla y el incendio hayan de hacer funciones importantes en la lucha.

Decir «Estado» es lo mismo que decir «guerra». El Estado procura ser fuerte, más fuerte que sus vecinos, si no se convierte en juguete de ellos. Procura, además, debilitar y empobrecer los otros Estados para imponerles su ley y su política, y para enriquecerse en detrimento de ellos. La lucha por la preponderancia, que es la base de la organización económica burguesa, es también base de la organización política. Por esto la guerra es hoy condición normal en Europa. Guerras pruso-dinamarquesa, pruso-austríaca, franco-prusiana; guerra de Oriente, guerra continua en Afganistán. Nuevas guerras se preparan: Rusia, Inglaterra, Alemania, Francia, etc., están próximas a lanzarse sus ejércitos. Actualmente hay motivos de guerras para treinta años.

La guerra es, pues, la perdición, la crisis, el aumento en los impuestos, el amontonamiento de deudas. Es más; cada guerra es un fracaso moral para los Estados. Luego de terminar la lu-

(1) Hemos leído una noticia publicada en toda la prensa del mundo, en la que se dice que el Gobierno provisional de Rusia ha llamado, para ayudar a los ministros en la reorganización del Estado ruso, al «príncipe» Kropotkine, que estaba desterrado en Inglaterra.

No sabemos lo que habrá de cierto en ello, ni lo que hará nuestro antiguo maestro Kropotkine si se decide a intervenir en los actuales acontecimientos revolucionarios de Rusia.

Después de la actitud en que se colocó al estallar la actual conflagración entre los diversos Estados europeos, nuestras dudas son justificadas.

La noticia de haber sido llamado por aquel Gobierno, a lo que parece como tabla de salvación, no induce, por creerlo oportuno, a la publicación del presente artículo cuyo contenido fué escrito por Kropotkine bastantes años antes de la actual guerra, que ha resultado profético, y cuya orientación lógicamente no debería abandonar.—N. de la R.

cha, los pueblos se dan cuenta que el Estado da pruebas de incapacidad, hasta en sus principales atribuciones. No sabe organizar la defensa del territorio, y hasta victorioso fracasa. Fijémonos, si no, en la fermentación de ideas que nació de la guerra de 1871, lo mismo en Alemania que en Francia, o en el descontento general en Rusia luego de la guerra de Oriente.

Las guerras y los ejércitos matan los Estados, aceleran su bancarrota moral y económica. Una o dos grandes guerras más y darán el golpe de gracia a esas viejas máquinas.

Al lado de la guerra exterior está la interior.

El Estado, aceptado por los pueblos con la condición de ser el defensor de los débiles contra los fuertes, se ha convertido hoy en fortaleza de los ricos contra los explotados, del propietario contra los proletarios.

¿Para qué sirve esta inmensa máquina que llamamos Estado? ¿Es para impedir la explotación del obrero por el capitalista, del campesino por el rentista? ¿Es para facilitar y asegurar el trabajo, para defendernos contra el usurero, para suministrar alimentos cuando la madre no tiene más que agua para calmar el hambre del niño que llora agarrado a su exhausto seno? No, y mil veces no. El Estado protege la explotación, la especulación y la propiedad privada, producto del robo. El proletario que no tiene otra fortuna que sus brazos, no puede esperar nada del Estado si no es una *organización fundada para IMPEDIR su emancipación.*

¿Durará mucho lo existente? ¿Puede prolongarse esta situación? No; por cierto. Una clase entera de la sociedad, la que todo lo produce, no puede continuar sosteniendo por más tiempo una organización establecida especialmente contra ella. Por todas partes, bajo la brutalidad autocrática como bajo la hipocresía *gambettista*, el pueblo descontento se subleva. La historia de nuestros días es la historia de los gobiernos privilegiados contra las aspiraciones igualitarias del pueblo. Esta lucha constituye la principal preocupación de los gobernantes, e influidos por ella dictan todos sus actos. Ya no es por principios, por consideraciones de bien público por lo que actualmente se fabrican leyes u obran los gobiernos, sino para combatir al pueblo, para conservar privilegios.

Sólo esta lucha sería suficiente para derribar la más fuerte organización política. Pero, cuando esta lucha se opera en los Estados que van arrastrados por la fatalidad histórica hacia la decadencia; cuando estos Estados corren vertiginosamente a la ruina, y más aun destruyéndose entre sí como se destruyen; cuando en fin el Estado todopoderoso se hace odiar hasta por aquellos a quien protege, cuando tantas causas concurren hacia un punto único, el resultado de la lucha no puede ponerse en duda. El pueblo que tiene la fuerza derrotará a sus opresores; la caída de los Estados es ya cuestión de poco tiempo relativamente, y la más tranquila filosofía dibuja ya en el horizonte el incendio de una gran revolución que se anuncia.

Hay épocas en que la vida de la humanidad, en que la necesidad de una formidable sacudida, de un cataclismo que remueva la sociedad hasta en sus entrañas, se impone sobre todos los puntos a la vez. En estas épocas, todos los hombres de corazón están descontentos del orden de cosas existente, dicen que es preciso el que grandes acontecimientos vengan a romper el hilo de la historia; arrojar a la humanidad de los caminos de corrupción y de rutina, y lanzarla por vías nuevas a lo desconocido, en busca del ideal.

Se siente la necesidad de una revolución inmensa, implacable, que venga, no sólo a derrumbar el régimen económico basado sobre la ruda explotación, la especulación y el fraude, la escala política basada en la dominación de